

ten. Es lo que hago siempre. Y mi cansancio se da por satisfecho si alguna de ellas logra también agradar a algún otro paseante que se encuentre conmigo y quiera ser mi amable compañero de camino por los vericuetos y las encrucijadas del bosque de las ideas.

*

En mi invitación a la vida del campo, ya sé que no voy a contar con todas las simpatías. Porque así como la ciudad no es para todos, tampoco lo es el campo. El campo, se siente o no se siente. Yo por ejemplo, lo he sentido, digo lo he amado siempre. El campo me hace falta. Y nunca he tenido necesidad de esos aperitivos clásicos para entrar en el gremio de los que *huyen* el mundanal ruido aunque puedo afirmar que los tomé en abundancia desde los quince años y con salsa triple: española, griega y latina. Dije que el campo no era para todos, porque para amarlo, para identificarse con él, menester es tener alguna vocación a la soledad, al silencio y a la meditación, hermana espiritual de aquellos. Pero desde los días de Rabelais, el calentarse los sesos es oficio que atrae a pocos porque (dicen) les debilita el cerebro, y éste, por lo visto, ha sido hecho para guardarlo en conserva. El campo es el refugio más amable, el mejor *seguro de hombría de bien* para quien tenga inclinaciones solitarias y no esté dispuesto a dejar su individualidad entre las zarzas de la *polis*. La bondad del campo está a la vista y su inocencia es tan conocida que no tiene necesidad de alabanzas ni de presentación para entrar en comunión con su vida. Ya una voz salida del siglo xviii nos decía cuando nos iniciábamos en los estudios clásicos:

*Feliz aquel que en áurea medianía
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada virtud. Ni el bien ajeno
Su luz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura.
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,
A nadie superior, de nadie esclavo...*

Muy bien dicho, Moratin, y en *tono mayor*. La misma invitación la habían hecho dos siglos antes, pero en *tono menor* y más cordial:

*Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido...*

Sí, Fray Luis el Bueno. Y tu voz no era sino el eco de otra, salida del fondo de los siglos sabios. Y que a nosotros, estudiantes, nos gustaba más porque estaba en latín y en versos yámbicos

*Beatus ille qui prócul negotiis
Paterna rura bobus exercet suis...*
*Feliz aquel que lejos de los negocios
Cultiva con sus bueyes el campo familiar.*

Campo, bueyes: nada falta. (Porque *bóbús* es la forma sincopada de *bóvibus*). Y cuando éramos ya hombres maduros, este latín de Horacio, y por otra asociación de ideas, nos traía a las mentes también otro latín inferior, de Sannazaro, en el *renacimiento* que, como es sabido, fué la edad heroica del latín y del griego. Digo heroica, porque la posesión de estas lenguas era un cheque en blanco negociable en buenos ducados de oro y a la vista. Por tres dísticos

ramplones le pagaron a Sannazaro seiscientos ducados. O ciento cincuenta mil pesetas o francos. Pero de los de a cinco por dólar, no de los enfermos o tísicos de ahora. O lo que es igual: 25 mil pesetas o francos por verso latino. (Me da pena dar esta noticia por miedo de que, a los poëtillos secos, la boca se les haga agua. Porque hoy la lira no da ni para limpiarse los dientes. Un poeta va hoy por el mundo con su lira auestas, como con su cruz o su destino auestas. La tragedia de la lira parece ser hoy que, o se toca para Dios o no se come). A veces me parece que con los seis versos de Sannazaro se hubiera acabado el gusto por lo clásico. Y esto en Europa, porque de América no hay ni qué hablar. Aquí y salvo gloriosas excepciones, parece existir el terror al humanismo, no sé si por lo difícil de las lenguas clásicas, o porque no dan para comer, ni en verso. En cuanto a lo primero, porque el desembrollar el hipébaton es una tarea tan difícil para el estudiante de humanidades, como para Jehová desembrollar el caos en los días del Génesis. Y después de todo, ahí está el inglés que es más fácil y da para comer, aunque no dé para la formación de una cultura de aristocracia. Ante estos hechos contundentes ¿qué valor pueden tener para una generación materialista y pragmatista las lenguas clásicas? ¿A qué en las que Europa empezó a civilizarse y a pensar? ¡Y cómo se aprende en esas lenguas el amor a la naturaleza y al campo! Claro que a falta de libros en griego y en latín, las traducciones nos llevan indirectamente a la captación del pensamiento antiguo. Por esto, ya no hay bachiller que ignore que Diocleciano renunció al Imperio para ir a su huerta de Salónica a sembrar lechugas, diciendo que esto era mejor que gobernar hombres. Y sabe también que Cincinato, después de haber sido dictador en Roma, renunció a la gloria y vivió en el campo que él trabajaba tirando en persona de su arado como si fuera un esclavo o un mulo. En las *anacreónticas*, en las *geórgicas* de Virgilio y en las *odas* de Horacio, todo es una invitación a la vida del campo. Washington sentía cada vez más desprecio por los hombres y más amor por la tierra. Kalinin, presidente del Presidium de la URSS, se calaba un chaquetón en sus ratos de ocio y con la guadaña al hombro, se iba a segar heno o trigo al campo más cercano. ¡Lástima que estos grandes ejemplos hayan sido escritos en inglés y en ruso! De haberlo sido en griego o en latín, tendrían con una mayor solera, un más alto valor educativo y pedagógico para las generaciones presentes. Los literaturas francesa y española del *renacimiento* son una glorificación de la vida campestre. El que haya saludado a Rabelais sabe la envidia que le causó al naufrago Panurgo (el de los borregos) ver a un pobre diablo plantando tranquilamente coles en tierra mientras él se ahogaba. Mientras se ahogaba y mientras apostrofaba a los dioses por no haberlo hecho nacer hortelano. Y si ha leído a Voltaire, habrá tenido que aprender la filosofía que rezuma de *Cándido*. Panglós y Cándido habían pasado la vida disfrutando y peleando sin entenderse nunca, sobre cuestiones de metafísica, de religión o de moral. Cansados de vivir así resolvieron comprar una huerta para pasar tranquilamente el resto de sus días cultivando hortalizas. Sólo así vivieron en paz. Toda la literatura *pro campo* está al alcance de cualquier bachiller en

ciernes con sólo unos manuales, y sin necesidad de haberse roto la cabeza con el griego de Sócrates, o de haber comido las sopas latinas del dómine Cabra, ni del gazpacho francés de Rabelais, o de haber probado la sal de Voltaire. Cuando nosotros, ya mayores, leíamos a Joaquín Costa aprendimos una cita en griego del antiguo escritor. Estrabón que por referirse a nuestros antepasados, los iberos, nos causó una profunda impresión. Según el escritor griego, los primitivos iberos *llamaban patria a la libertad*. (*Ten eleuterian patrida ekáleon*, dice el texto). Pero *libertad* era para ellos el *campo libre, la tierra libre*, sin monopolios, ni latifundios, ni alambradas. La *tierra de todos* les daba para bien vivir. Y como: *ubi bene, ibi patria* (donde se está bien, allí está la patria) el concepto *patria* se identifica en ellos con el concepto *tierra libre*. Esto nos llevaría a una larga discusión sobre *si puede haber hombres libres viviendo sobre una tierra esclava*. O sobre *si puede darse el nombre de nación a una área geográfica en la que cada habitante no tenga derecho* (un derecho per se, a natura, sin necesidad de tener dinero para comprarla) *a una parte alícuota de ella sobre la cual y de la cual vivir como legítimo y absoluto soberano*. Pero el tema, sólo lo puedo tocar de refilón para seguir mi camino. Sólo diré, que, siendo el monopolio de la tierra un abuso sancionado por el estado (Laboulaye), resulta que el autor del entuerto, bien puede deshacerlo según aquel apotegma del derecho romano: *Per quascumque causas res nascitur, per easdem disolvitur*. De aquella tierra libre que los iberos llamaban patria (mejor hubiera sido *matria*) porque nutriéndolos los hacía libres, hoy no queda para la mayoría de los habitantes del mundo, ni el largo de dos varas, por el ancho de una vara, si antes no la compran para ser enterrados. El mundo es cada día *menos ancho* y más ajeno, con perdón del poeta. Y la *patria* es cada vez *menos matria* y más *madrastra*. Y sin embargo, ese pedazo de... *madrastra* en el que hemos nacido, lo amamos todos entrañablemente. Es uno de los conflictos en el que nunca han podido estar de acuerdo el corazón y la cabeza, como en el conflicto religioso. Sobre las razones de la razón están las del corazón que son razones de otra clase. Y nosotros, Quijotes andantes de una caballería sin pies ni cabeza, damos sonrisas la vida por una Dulceína que no es, no digo una princesa, ni siquiera una labradora zafia, sino un ente abstracto.

Pero tanto me voy distraendo en mi paseo por el campo, que hasta creo que voy a terminar la jornada sin entrar a fondo en él. ¿Qué importa? El campo sería siempre el último refugio posible para el fugitivo de la ciudad que necesite alzar un muro convencional de aislamiento entre su silencio y los estrépitos de la urbe. Este muro convencional es muy fácil de construir; y de hecho, dentro de la mayor cosmópolis el hombre se aísla si tal es su deseo. Millones de hombres más o menos insociables viven sordos y aislados en cualquier Babilonia de nuestros días, sin ir a sumergirse en la atmósfera del *Gran Pan* o Espíritu del Universo en comunión religiosa y única con animales, plantas, pájaros, árboles, flores y efluvios de sol. Esto sería una manera de ensayar el retorno a la *edad de oro* que han soñado Rousseau y otros visionarios y que ya es imposible. Yo
(Concluye en la pág. 301)